

PILAR EYRE

Una guerra separó sus vidas. Otra las unió de nuevo.
Ahora deben recorrer el difícil camino de la reconciliación



De AMOR y de
GUERRA

Pilar Eyre



De amor y de guerra

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Pilar Eyre, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: septiembre de 2023

Depósito legal: B. 13.218-2023

ISBN: 978-84-08-27668-5

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ROMÁN

—Mirad, ahí en la playa de Masnou conocimos a la francesa, ¿os acordáis? La obligábamos a tirarse desde las rocas para ver si se le caía el traje de baño.

Román, el conductor, apartó la mirada de la carretera por un momento para echar un vistazo a la larga cinta de arena blanca, ahora vacía de gente, pero no dijo nada. Los cuatro amigos, apretujados incómodamente en el cochecillo como sardinas en lata, sonrieron a la vez. Pepe continuó:

—Nunca se le caía.

Se instaló un silencio en el coche, un silencio evocador de los veranos de antaño, con esa nostalgia desesperada que solo tienen las personas muy jóvenes. Félix lo rompió con voz trémula:

—El heladero vendía negritos.

Pepe asintió:

—Iban envueltos en cartón y a los cinco minutos el helado se deshacía y lo comías todo, papel y chocolate.

Otro silencio y Félix opinó sin venir a cuento:

—Pero la francesa era muy guapa.

Y Pepe repitió como un eco:

—Todo era muy guapo entonces.

Se borraron de golpe sus sonrisas y un latigazo de dolor cruzó el rostro de artista de cine de Román. Félix, por su

parte, apoyó la frente en el cristal mientras Pepe cabeceaba. Se oyó un suspiro que era un quejido y nadie supo de qué garganta se había escapado.

El único que no se enteraba de qué iba la película era el hermano de Pepe, Carlitos, que, ajeno a la tormenta de sentimientos que sacudían el alma de sus acompañantes, levantó esa voz llena de gallos del adolescente que seguía siendo:

—Pues a mí las francesas no me gustan, las pilinguis de la Maison Chevalier parecen peponas... —parpadeó rápidamente, puso boquita de piñón imitando la «u» francesa y se abrazó a sí mismo retorciéndose—, *mon amour, oh, là là, je t'aime.*

Acabó la frase con un golpe de tos porque el pequeño coche estaba repleto de humo, los cuatro amigos enlazaban un cigarrillo con otro y no había que pensar en abrir las ventanillas porque en el exterior el invierno apretaba y estaban a cinco grados. Pero el comentario de Carlitos pareció animar a los chicos: Félix —al que llamaban el Gordo porque pesaba más de cien kilos, el último gordo que quedaba en Barcelona, según Pepe— se giró penosamente para darle un golpe en el brazo desde el asiento de delante y le dijo en el tono condescendiente con el que se habla a los niños, porque él era un hombre adulto de veintidós años y al fin y al cabo Carlitos solo tenía diecisiete:

—Escucha al milhombres, el experimentado, qué pilinguis ni qué pilingas. —Hizo un gesto despectivo con la mano que todos secundaron porque se habían estrenado en la Maison Chevalier y se veían obligados a defender a las prostitutas francesas por un confuso sentimentalismo—. ¡Mira quién habla de peponas! ¡Un niño de teta y medio marica!

El otro puntualizó, envalentonado:

—De teta sí, pero medio marica no.

—¡Marica entero!

Carlitos se revolvió rojo de indignación para pegarle un puñetazo a Félix, «¡Tú sí que eres maricón e hijo de puta a la vez!», «¡Eso, tú y tu madre!», y ahí fue el acabose, porque mentar a las putas era una cosa y a la madre otra, y el Gordo se vio obligado a disculparse:

—Perdón. —Y luego se dirigió a los otros—: Es que no sé qué coño hacemos con este crío en el coche y en estas circunstancias.

Carlitos ya iba a responder cuando lo atajó su hermano:

—Qué pesados sois, sí, tú, Carlos, eres el peor, no sé por qué te he traído, no entiendo cómo mamá ha podido convencerme. ¡Con lo que llevamos encima y estáis con estas mierdas! Por estas mierdas hemos perdido la guerra, porque a ver, compañeros... —Los otros prestaron atención porque Pepe era uno de esos chistosos serios con madera de líder y, cuando hablaba, todo el mundo le hacía caso—: ¿Por qué hemos perdido la guerra?

Levantó el dedo como si dirigiera una orquesta imaginaria y los cuatro amigos, incluido el que conducía, Román, que desde que habían salido de Barcelona no había abierto la boca, gritaron como un solo hombre:

—¡Por la desunión de las fuerzas de la República!

Y todos rompieron a reír porque, de tan repetida, la frase se había convertido en un lema y el lema en una broma que maldita la gracia que tenía si te ponías a pensar en serio.

Todavía con una leve sonrisa prendida en los labios, Román protestó mientras encendía un cigarrillo con la colilla del otro en un gesto estudiado, de película, uno de esos que, unido a su atractivo —moreno, de aterciopelados ojos oscuros con largas pestañas, ademanes elegantes y varoniles y expresión seria y severa—, atraía como un imán las miradas femeninas:

—Y ahora callad un ratito, joder.

Él era el único que estaba casado y eso hacía que los demás lo miraran con respeto. Bueno, por eso y también por la gabardina que llevaba. Y por lo de... Pero no, mejor no mencionar el hecho terrible en su presencia.

El cochecillo iba dando saltos como un conejo sobre los baches de la carretera de la Costa Brava; resultaba un milagro que no se descalabrara, porque era un Fiat que tenía más de diez años. A través de las tablas del suelo se veía el asfalto y las puertas iban cogidas con alambres para que no se abriesen. En las subidas pronunciadas habían tenido que bajar del coche, no ya para aligerar el peso, sino para empujarlo.

No eran los únicos que huían. Había bastante tráfico y grupos de personas con aspecto derrotado caminaban por el arcén con la mirada baja. Al principio les habían llamado la atención, sobre todo una mujer que caminaba con un cesto lleno de ropa en la cabeza, dos críos agarrándose a su falda y unos borriquillos con bolsas colgando, pero luego habían dejado de mirar porque el ser humano tiene sus recursos para protegerse; si no, la vida sería insoportable.

Pasaron Masnou y después Vilasar y Arenys, los pueblos que se extendían por la costa como las cuentas de un collar, las playas donde los cuatro amigos habían jugado de niños. Hubieran querido bajar y que les diera el viento sutil de levante en el rostro, pero no podían detenerse porque esas zonas ya habían sido ocupadas por las tropas de Franco, ¡nadie podía saber cuándo volverían a verlas! Y de pronto las pequeñas discusiones se esfumaron y el dolor y el miedo los juntó como cola de pegar. Se miraron los unos a los otros y después apartaron la vista porque ninguno tenía respuestas a todas las preguntas, mejor dicho, a la gran pregunta: ¿qué va a ser de nosotros?

Román pensó en su mujer, Beatriz, a punto de dar a

luz. ¿Dar a luz? ¡Dar a sombra, maldita sea! Se acordó de su barriga de embarazada, con la piel tirante como una bomba a punto de estallar, el ombligo abultado era el detonador. Explotará y llenará el mundo de pedazos de ser humano, un tronco, brazos, un pie amputado aún con el calcetín puesto y la zapatilla de fieltro... Cerró los ojos, sacudió la cabeza, porque desde la explosión que se llevó por delante la vida de sus padres, el 17 de marzo de 1938, sentía dentro el revoloteo de un moscardón que no lo dejaba vivir y que planeaba, terco, sobre el resto de sus pensamientos. El coche dio un bandazo y se dirigió a un árbol enorme que parecía surgido de la nada, los cuatro callaron sobrecogidos, inmóviles, con los ojos muy abiertos. No tenían miedo porque se había agotado su capacidad de sentir temor, y el gesto resignado de los que se someten sin más a su destino se congeló sobre sus jóvenes rostros. Era increíble que sus vidas fueran a acabarse aquí, en un simple accidente automovilístico, después de haberse salvado de tantos peligros.

Pero Román, en el último instante, reaccionó, dio un volantazo y consiguió enderezar el coche. A sus tres amigos se les escapó un suspiro de alivio. Con un guiño, Félix le contó a Carlitos:

—Aquí donde lo ves, el Clark Gable este es un quintacolumnista de cojones que nos quiere dar matarile.

—Tiene cara de fascista el cabrón.

—Su suegro es conde.

—Esconde lo que puede.

En ese momento sintieron el ruido de un motor de avión, Félix dijo:

—Es un Mosca.

—No, es un Saboya.

Y Pepe, el mayor de todos ellos, no pudo dejar de exclamar con amargura:

—Podrían ahorrarse el combustible..., ya no hace falta.

Los cuatro habían salido de Barcelona en la madrugada de ese mismo día, el 9 de febrero de 1939. Llevaban escondidos desde que las tropas de Franco entraron en su ciudad dos semanas antes: los amigos, con familiares; Román, en casa de una antigua vecina. Aunque se contaba que Franco era implacable con el enemigo, tanto que incluso había hecho fusilar a su propio primo, creían que ellos eran personajes secundarios e insignificantes de la gran tragedia nacional, que no corrían peligro, y confiaban en que pronto podrían regresar a sus hogares a continuar con sus vidas.

¿Continuar? No, eso no, no se engañaban, el tajo certero de la guerra los había marcado con un antes y un después. Les habían amputado su juventud y siempre llevarían ese colgajo a cuestas.

La última vez que Román se movió libremente por Barcelona fue cuando se dirigía al refugio que le había ofrecido la vecina, un sótano en Sarriá que había sido establo de vacas. Ese día se había encontrado a un grupito de requetés, los voluntarios carlistas y católicos que se habían apuntado al ejército de Franco para luchar contra el marxismo, caminando despistados por el paseo Bonanova mientras el general Yagüe entraba a lo grande en la ciudad por la Diagonal, con gran fanfarria de tropas en perfecta formación. Los chicos navarros de la boina roja no despertaban entusiasmo, pero tampoco aversión. Los ciudadanos, fatigados después de tanta guerra, los miraban con recelo desde las ventanas, apartando apenas los visillos, y, en una estampa asombrosa, los empleados de la limpieza barrían las calles, indiferentes al cambio de régimen que se cernía sobre la

ciudad. Por la mañana dependían de la Generalitat, ¿cómo se llamaría el gobierno al cual entregarían sus útiles de trabajo por la noche?

La única patria de Román ahora era este cochecillo inestable, que su padre había comprado de quinta mano para su hijo al cumplir los dieciocho años, recién completado el bachillerato; su único oasis eran los recuerdos compartidos desde la infancia. Román, Pepe y Félix eran amigos desde pequeños porque los padres de los tres eran empleados de la Banca Arnús y habían participado en las actividades que la empresa organizaba para los hijos de los trabajadores, como las colonias de verano en la Costa Brava. Se habían matriculado juntos en Ingeniería, en la Escuela Industrial de la calle Urgel, iban a ser los primeros universitarios de sus familias, pero los tres habían abandonado los estudios al comenzar la guerra.

Félix y Pepe habían estado en el frente, primero en Aragón, luego en la defensa de Madrid, al final en el Montsec, no tenían ideas políticas, pero les había tocado defender el bando republicano simplemente por su situación geográfica. Se decía que el noventa por ciento de los combatientes de uno y otro lado luchaban por obligación y solo el diez por ciento por convicción. Román había permanecido en Barcelona porque trabajaba en el servicio de propaganda de la Generalitat y se había afiliado a Acció Catalana una semana después de morir sus padres, el mismo día en que se casó con Beatriz; le pareció que de esa manera le daba sentido a su vida.

La había conocido en el Club Pompeya, fue Bea la que decidió declararse con voz temblorosa una tarde de enero, ni un año hacía de eso:

—Todas esas que te van detrás serán muy guapas y yo soy mayor que tú, pero, mira, ninguna de ellas te va a querer como yo.

A él le gustó su franqueza, porque adivinó el esfuerzo que le había costado, y le enternecieron sus palabras. En un gesto instintivo la cogió de la mano y se sintió a gusto. Se miraron y rieron, ella le tocó los labios con los dedos y él se los besó.

Empezó a pasar las noches con Beatriz, en el piso del paseo de Gracia. Todo el edificio era de propiedad familiar, pero lo había requisado la Confederación Nacional del Trabajo, el sindicato anarquista, y a ella le habían dejado usar la portería. Cuando las sirenas anunciaban un bombardeo, se podían refugiarse en el cuarto subterráneo donde antes se guardaba el carbón. Una enorme pancarta cubría la fachada con las letras CNT sobre fondo rojo y negro y una foto gigante de Bakunin.

Cuando estaban abriendo la puerta de su cuchitril, el día en que se casaron delante de un funcionario somnoliento, unos milicianos bajaban por la escalera un par de estatuas de romanos de plata de tamaño natural. Los llevaban cogidos entre dos, por la cabeza y por los pies, como si fueran cadáveres con *rigor mortis*. Bea le comentó con cierta melancolía:

—¡Se llevan a los Pretorianos! Estaban en la puerta del despacho de mi padre...

Porque, además de conde, su padre era abogado. Luego la muchacha fingió indiferencia:

—A mí me da igual, yo no soy como mi familia, a mí estas cosas no me importan.

Quizá era verdad, porque mientras los padres y la hermana de Bea vivían desde hacía tres años en San Juan de Luz y llevaban una vida de lujo con la fortuna que tenían depositada en bancos suizos, Bea trabajaba de auxiliar de enfermería en la Casa de la Caridad y soñaba con iniciar algún día sus estudios de Derecho.

Pero ¿qué sabía Román de su mujer en realidad? ¡Se conocían tan poco!

En la clandestinidad del sótano de Sarriá con olor a paja y a leche, Román intentaba recordar instantes que hubieran pasado juntos, emociones que hubieran compartido, y no se acordaba de ninguno, intuía oscuramente que no había sentido aún ese amor del que hablaban los poetas. Cuando fueron al cine a ver *La usurpadora*, Beatriz se cogía a su brazo y lo apretaba, inclinaba la cabeza sobre su hombro y él se sentía como un impostor porque no se identificaba con las pasiones desatadas que se proyectaban en la pantalla ni con la sobreexcitación de su novia. Y aun así, si ella le preguntaba: «¿Me quieres?», se sentía conmovido por su mirada implorante, sin artificios, y siempre contestaba: «Claro».

La chica se esponjaba y movía la cabeza como si tal felicidad le resultara increíble y él la abrazaba y no sabía si la quería o quería el reflejo de sí mismo que veía en los ojos de Beatriz. ¿Estaría con ella si el mundo no se hubiera parado? ¿Si el amor y la seducción no hubieran quedado arrinconados a punta de pistola? Había conseguido engañarse durante meses, pero en la soledad de ese sótano las mentiras que se había contado a sí mismo caían como soldados en el frente de batalla.

El suelo tenía briznas de paja entre los adoquines y se entretenía arrancándolas, y como no había nadie con quien hablar, lo hacía solo:

—Si al final seré un hijo de puta.

En esas largas jornadas en las que todo sabía a víspera, no se atrevía a realizar un balance de pasado, ni planes de futuro, vivía suspendido en el tiempo. Por un ventanuco a ras del suelo le pasaban alimentos y tabaco de parte de su mujer.

Hasta que la vecina llegó una tarde y por su expresión supo que esa corta tregua se había acabado. Y no le importó, porque la tortura más refinada es la de la incertidumbre:

—Están deteniendo a mucha gente, los furgones van a las casas por las noches, dicen que están fusilando sin juicio todos los días en el Campo de la Bota y que solo se puede salvar la vida si denuncias a un rojo, han puesto bandos en las calles..., y tú, mejorando lo presente, y perdóname, eres... rojo.

Román hubiera querido explicarle que él no era rojo, que odiaba tanto a los fascistas como a los comunistas o a los anarquistas. Que le asqueaban las sacas, los paseos y los tiros en la nuca.

—Mire usted, yo... —empezó.

Estuvo a punto de repetir una frase de Lamartine que su padre tenía en un cuadrito en su despacho, «La guerra es un asesinato en masa, es lo contrario del progreso», pero le pareció estúpido y pedante. De pronto tuvo calor, se secó el sudor con la manga de la camisa y lo intentó de nuevo:

—Yo...

Pero se interrumpió, porque se puso a recordar el centro de detención ilegal de la calle San Elías, lo que los fascistas llamaban «checa», que tuvo que visitar por un asunto burocrático. No había pasado de la puerta, pero había visto a un hombre al que llevaban en andas, los pies colgando, la cabeza vencida sobre el pecho.

¡Lo peor de todo es que le dio miedo preguntar!

¡No quiso saber!

La mujer esperaba sus palabras con impaciencia, tenía prisa y golpeaba el suelo con el pie. Román permanecía mudo, estaba aletargado, todas las emociones le resbalaban como el agua sobre el hule que cubría la mesa. Suspiró al fin resignadamente:

—Muchas gracias, han hecho ustedes más de lo que debían.

La mujer se alzó de hombros como disculpa:

—Lo que les pasó a tus padres, hijo... —Negó con la cabeza, suspiró y no añadió más—. Avisaré a tu mujer.

Esa noche Bea fue al sótano con gran esfuerzo, porque ya estaba muy gruesa. Llevó una pequeña bolsa con algo de ropa, unos bocadoillos y un sobre con unos billetes de pesetas y francos.

—Me lo trajeron de tu oficina la semana pasada. —Bajó la voz, en el ambiente de Beatriz siempre se bajaba la voz para hablar de dinero, como si fuera algo de mal gusto—. Ahí están las señas de las personas con las que debéis contactar en Toulouse.

Con gran solemnidad se despojó de la gabardina que llevaba:

—Mira, era de papá... Es inglesa, muy buena, te irá bien.

De repente, todo se aceleraba, lo que había parecido el juego del escondite hasta entonces se convertía en una carrera seria contra la cárcel, por lo menos. La muerte era la otra posibilidad.

Román preguntó por los altos mandos del Gobierno, y Bea contestó burlona:

—No te preocupes, todos ellos han sido evacuados a Francia.

Él meneó la cabeza con desaliento e incredulidad. ¡Irse de su ciudad, del lugar donde había nacido, donde reposaban sus padres! ¡No poder visitar sus tumbas, ni depositar unas flores sobre el frío mármol!

Entendía que hubiera personas que, en ese momento fatal, esgrimieran una pistola y se dispararan en la sien. Lo había hecho alguien que vivía en la casa de al lado y él había oído la detonación a través de las húmedas paredes de su sótano. El único ruido que sintió en esos trece días fue como el taponazo de una botella de champán. De esa manera, «descorchar», llamaban los faístas a los tiros en la

nuca que les pegaban a los pobres desgraciados en la carretera de la Rabassada.

Se estremeció.

Iba con una camisa sucia a la que faltaban la mayoría de los botones, pero aun así Bea lo miraba con embeleso. Levantó la mano y le tocó la cara con una sonrisa tímida:

—Te has dejado bigote.

Él la miró detenidamente y sintió una compasión abrumadora. Tenía el aspecto marchito; en esos días sin verla había cambiado mucho, con eccema en la cara y los tobillos muy hinchados. Y de pronto, sin quererlo, sintió al mismo tiempo una oleada de rencor salvaje que casi lo tiró atrás. Y es que ella iba a salvarse ¡y él no! ¡Su embarazo la protegía! ¿Por qué no a él también? Tenía derecho y sin embargo debía huir como un asesino. Esa criatura ¿no la habían hecho entre los dos?

La abrazó cerrando los ojos con fuerza mientras se sentía miserable y un sollozo se le enquistó en la garganta impidiéndole hablar.

Bea malinterpretó su silencio y su expresión sombría y trató de consolarlo:

—No te preocupes por mí... Papá regresará en cuanto pueda y se ocupará de todo, le han dado garantías. —Román era consciente de que su suegro, al que no conocía, había prestado una importante ayuda monetaria a los sublevados—. Ahora te tienes que ir, porque con lo revuelto que está el ambiente no se sabe qué puede pasar. Ayer detuvieron a mi jefe, el doctor Campos. Figúrate, después de todo lo que ha hecho estos años. Lo ha denunciado uno de los celadores porque estuvo trabajando en el hospital de sangre de la iglesia de Pompeya. Pero lo tuyo está muy claro, volverás en unos meses y conocerás a tu hijo.

Román se apartó de ella y clavó sus ojos en el suelo, ese hijo hipotético no le conmovía, tenía todo el corazón inva-

dido por la pena honda y negra de lo ocurrido a sus padres. Ese niño también sería nieto de ellos. Román era una persona inteligente, pero no podía pensar con lógica en este asunto y veía al no nacido como un usurpador de afectos. ¡Él no le iba a dar su cariño! ¡El pozo de su cariño se secó once meses atrás! ¿Se creían que lo iba a querer, que la cosa era tan fácil? ¿Que movería los bracitos y que él se iba a derretir? ¡A otro perro con ese hueso!

Mi corazón se quedó debajo de los cascotes de mi casa, se dijo. Ahí está y nadie lo ha rescatado aún.

Pero Bea no se daba cuenta de lo que pasaba por la mente calenturienta de su marido y seguía hablando sin cesar:

—Además, Franco durará cuatro días. Y encima no tienes las manos manchadas de sangre y mi padre te reclamará. ¡Cómo va a dejar tirado al padre de su primer nieto! Mientras, ya sabes que Gema me cuidará.

Gema era una enfermera de la Casa de la Caridad que, durante la guerra, había estado tratando de disimular sus maneras cautas, su mirada huidiza y su cutis pálido para no delatar su condición de monja emboscada. Al final se había ido a vivir con ellos a la portería.

Entre risas y lágrimas Bea le contó que se había hecho a escondidas un hábito con un telón de teatro:

—... y cuando entraron los nacionales se lo puso y parecía una mesa camilla andante.

A él le entristeció que dijera «los nacionales» en lugar de «los fascistas», pero no protestó.

Una vez tomadas Tarragona y Barcelona, las tropas franquistas avanzaron imparablemente hasta la frontera, conquistando pueblos y ciudades. Era una carrera contra reloj, a ver quién llegaba antes, porque medio millón de personas, de las cuales la mitad eran catalanes, avanzaban

también penosamente hacia Francia. Román se obligó a salir de su aturdimiento, tenían que abandonar el país, ¡era ahora o nunca! Contactó con sus compañeros a través de la vecina, y su marido, que era guardia urbano, lo acompañó de madrugada con su humilde uniforme hasta el garaje donde ocultaba el coche; allá se dieron un apretón de manos y el hombre desapareció de su vida para siempre.

Sus amigos ya lo estaban esperando, tiritando de nervios. Habían llevado un bidón de gasolina para repostar por el camino, porque su objetivo era cruzar la frontera por Portbou.

Después de un abrazo rápido, Félix se demoró tocando la gabardina:

—Chico, cosa fina... —Frotaba la tela entre dos dedos—. Vaya género, esto no es producto nacional.

Román disimuló propinándole un pescozón a Carlitos, que se había vestido como todos ellos con corbata y americana y parecía disfrazado:

—¿Te vienes tú también? ¡Si eres un crío! ¡A ver si te vas a hacer pipí en los pantalones!

El crío se pavoneó:

—¡Pues soy de la CNT!

¡La CNT! Solo un iluso como Carlitos podía haberse afiliado al declinante movimiento anarquista. Había sido la principal fuerza motriz de los trabajadores, pero debido al importante número de bajas en sus filas y también a su indisciplina, sus tensiones internas y el creciente protagonismo en el frente y en la retaguardia de sus rivales comunistas, estaba viviendo sus horas más difíciles.

El hermano se sorprendió al escucharlo:

—Pero ¿qué me dices, pollo pera? No sabía nada... Con razón mamá se puso tan pesada para que vinieras conmigo. ¿Anarquista tú?

El chiquillo se engalló:

—¡Sí, yo! ¡Anarquista! ¡Los únicos que no se han vendido en esta guerra!

—Quizá es que nadie los quería comprar —replicó Félix con sorna.

—Pues ya ves, yo sí, me he afiliado a las Juventudes Libertarias, ¿pasa algo?

El hermano le dio un empujón:

—Pasa que tienes mucha tontería, anda para adentro..., joven libertario.

Cruzaron la ciudad dormida pero erizada de miedo y pudieron salir milagrosamente a la carretera sin que nadie los detuviera.

¿Por qué no les ocurrió nada?

Román nunca pudo explicárselo.

Quizá era cierto lo que se decía, que a Franco le interesaba que se fueran los rojos de España: ¡menos subversivos, menos bocas que alimentar! Por eso el diario *Arriba* les conminaba encarecidamente: «¡Huid y no volváis! ¡Dejadnos y no volváis!».

Lo cierto es que nadie los detuvo.

Quizá fue solo que acertaron con su plan. Escogieron esa hora secreta en la que hasta los espíritus más intrépidos navegan por el mundo de los sueños: la madrugada sin luz de los inviernos.

El máximo peligro que corrieron fue chocar con un árbol por la impericia del conductor.

Cuando tuvieron que abandonar la costa y dejaron de ver el mar de su infancia y el severo perfil de los Pirineos empezó a dibujarse a lo lejos coronado de nieve, se dieron cuenta de que no había marcha atrás y se acabaron las risas.

Aunque sus labios no llegaron a pronunciarlas, en sus corazones anegados de añoranza sonaron las voces viejas de los emigrantes despidiéndose de la tierra querida:

*Dolça Catalunya, patria del meu cor,
quan de tu s'allunya d'enyorança es mor.*

La oscuridad de la noche se fue diluyendo en unas nubes color pizarra preñadas de tormenta. Se oyó un trueno largo y estridente como el rasgido de una tela y la lluvia empezó a golpear con furia el techo del Fiat.

Lloraba el cielo..., y no solo el cielo.